

Capítulo 31 - En el momento en que los deseos te controlan, no eres un hombre

Sus dedos, dos de ellos gruesos e inflexibles, se hundieron más profundamente en mi coño con un shlkk húmedo y poderoso que hizo que mi cuerpo se arqueara contra mi voluntad.

Jadeé con fuerza, el sonido se desgarró de mi garganta como una traición, mientras un nuevo chorro de excitación resbaladiza se filtraba alrededor de su mano, goteando por mis muslos en riachuelos calientes e incontrolables.

Mi coño se apretó desesperadamente, las paredes revolotearon alrededor de la intrusión, el calor floreció desde mi núcleo como un incendio forestal que no podía extinguir.

¿Que fue esto?

Mi piel ardía, enrojecida desde el cuello hasta los pies, cada nervio encendido con una picazón febril que exigía más, incluso mientras mi mente retrocedía con disgusto.

La lujuria era un caos, una maraña sucia de fluidos goteando y gritos vergonzosos, pero allí estaba yo, con mi agujero virgen





goteando como una presa rota, empapando sus dedos mientras entraban y salían con cruda insistencia.

La confusión me carcomía; yo era el anciano Feng Lianhua, por encima de tales fragilidades mortales, pero mi cuerpo me traicionaba, calentándose insoportablemente, mi coño palpitaba con cada embestida.

Schlk-schlk-schlk—

El ritmo obsceno llenó mis oídos, mi excitación lo cubrió de una vergüenza brillante.

"Ahora es la hora del champán", dijo de repente, con su voz grave y burlona, sus ojos brillando con una oscura diversión mientras sus dedos se curvaban con más fuerza dentro de mí, presionando contra esa sensible pared interior.



¿Champán?

"¿Qué?" Logré jadear, con la voz entrecortada y la confusión arremolinándose más espesa que la neblina en mi mente.

Pero antes de que pudiera exigir claridad...

¡Guauuuuu!

Un violento escalofrío me recorrió el cuerpo, mi coño se apretó salvajemente alrededor de sus dedos mientras un chorro de líquido transparente salió disparado como un géiser, arqueándose en el aire y salpicando contra la pared de la cámara más alejada con un golpe húmedo.

Fue como si décadas de barreras reprimidas (mi control de hierro, mi pureza cultivada) se hubieran roto en un instante, liberando un diluvio que empapó la piedra y me dejó temblando.

Mis ojos se abrieron de par en par con horror, temblando mientras miraba el rastro brillante, mi cuerpo convulsionando con las réplicas.

"¿Qué... qué es esto? ¿Por qué siento tanto calor en el cuerpo? ¿Esto es... éxtasis? ¡¿Cómo?!"

Las palabras salieron en un torrente sin aliento, mi voz estaba cargada de pánico y desconcierto.

¿Éxtasis? Este torrente caótico, este desastre de fugas, no podía ser.

La lujuria era una tontería contaminada, pero el calor pulsaba a través de mí como qi fundido, mi coño todavía goteaba en vergonzosos chorros, mi clítoris palpitaba como si pidiera más.





¿Cómo podía algo tan vulgar sentirse así, como un rayo en mis venas, abriéndome?

Él no respondió.

En cambio, su boca descendió sobre mis pechos, capturando ambos pezones a la vez en una succión caliente y húmeda que me hizo gritar.

"¡Ahhhh—!"

Sus dientes los rozaron sin piedad, mordiéndolos con una presión tan fuerte que enviaban oleadas de placer mezclado con dolor directo a mi núcleo.



Me recosté contra las sábanas, con lágrimas corriendo por mis mejillas (calientes, espontáneas, mezclándose con el sudor de mi piel enrojecida) mientras él apartaba la boca con un ruido lascivo.

Mis dos pechos se sacudieron por la liberación, pesados e hinchados, los pezones rojos y erectos, marcados por sus dientes como marcas de propiedad.

La sensación persistió, un dolor punzante que solo avivó el calor en mi coño, y más excitación se filtró en confusión.

¿Por qué? ¿Por qué se sintió tan bien?

Me quedé allí inclinado, las lágrimas nublando mi visión, mi cuerpo traicionero mientras sus dedos, todavía enterrados profundamente, reanudaban sus golpes.

iSchlk-schlk-schlk!

Cada embestida se hacía más dura, despiadada, estirando mis paredes y provocando nuevos chorros, mi clítoris pulsando bajo los implacables movimientos de su pulgar.

Entonces él comenzó a alejarse de mí, su cuerpo se elevó como una sombra sobre el mío, sus dedos finalmente se retiraron con un suave chasquido que me dejó sin aliento por el vacío.

Me levanté apoyándome en los codos, clavándolos en las sábanas, mirándolo con los ojos entrecerrados, mi pecho subía y bajaba y mis pechos todavía se movían levemente por el movimiento.

La sábana estaba a mi alcance; la agarré rápidamente y la puse sobre mi cuerpo para cubrir mi vergüenza, aunque no logró ocultar la mancha húmeda entre mis piernas ni la forma en que mis pezones se tensaban contra la tela.

"¿Estás a punto de quitarte la ropa y entrar en mi coño con esa... carne tuya?" Exigí, con voz aguda a pesar del temblor, mirando fijamente su figura aún vestida.



¿Por qué no se había desnudado? ¿Era una humillación más, dejarme expuesta mientras él seguía con la armadura de tela?

Pero él sólo sonrió, con esa irritante y cómplice curva de sus labios, sacudiendo la cabeza.

"Claro que no. Eso es exclusivo de mis esposas."

Señaló hacia una puerta dentro de la cámara, una que no había notado antes, medio oculta por sombras que se arremolinaban.

La puerta se abrió con un crujido ante su gesto y allí estaban: dos mujeres, las que había vislumbrado antes en el caos, sus rostros enrojecidos con un brillo post-coital que me hizo entrecerrar aún más los ojos.



Una era del tipo virginal, con la cabeza gacha y las mejillas rojas mientras se movía nerviosamente; la otra, ardiente y guerrera, apartaba la mirada con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, como si estuviera conteniendo una tormenta.

Ellos entraron y él los llamó más cerca con un gesto casual, abrazando sus cinturas posesivamente: un brazo alrededor de la doncella sonrojada, el otro alrededor del guerrero desafiante.

Sus cuerpos se presionaron contra él, obedientes pero cargados de un calor tácito.

Apreté la sábana con más fuerza, la confusión y la ira hervían mientras me sentaba más derecha, mi coño todavía goteaba levemente debajo de la tela, un humillante recordatorio de su "demostración".

¿Qué quieres decir? ¿Y por qué no te has quitado la ropa todavía?
¿Te parece un juego?

Él me miró entonces, todavía abrazando a sus esposas, sus cinturas firmes bajo su agarre, y su voz era tranquila, casi divertida.

—Querías sentir cómo se hace, Anciano. Te lo mostré, pero destrozarte... eso es algo completamente distinto.

Las palabras encendieron mi furia, mis ojos pálidos brillaron como tormentas de invierno mientras me ponía de rodillas sobre la cama, con la sábana agarrada como un escudo.

¿Me lo mostraste? ¿Te atreves a negarme ahora, después de... de reducirme a este desastre? ¿Después de hacer que mi cuerpo me traicionara con tus sucios trucos? Soy el anciano Feng Lianhua. ¡Podría acabar contigo con un solo pensamiento! Si crees que puedes jugar conmigo e irte...

Él levantó una mano, interrumpiéndome, y su sonrisa se profundizó hasta convertirse en algo peligrosamente sincero.





"¿Negarme? No. Si quieres, si quieres que te folle, que te muestre cómo se siente de verdad ser penetrada en cuerpo y alma, lo haré. Pero para eso, tendrás que casarte conmigo."

Sus esposas se movieron a su lado, la doncella se sonrojó más con la cabeza gacha, la guerrera desvió aún más la mirada, con los brazos todavía cruzados como si se estuviera preparando para el impacto.

Los atrajo más cerca, abrazando sus cinturas más fuerte, enfatizando su punto.

A cambio, te destrozaré a diario, más que a cualquiera de mis esposas, más profundo, más duro, hasta que tus gélidos muros se rompan cada noche. Lo rogarás, lo ansiarás, y yo te daré un poder que supera los sueños de tu secta a través de nuestro vínculo. Pero es tu decisión, Anciana. Cásate conmigo... o déjame solo una probada.



Se me cortó la respiración, la ira chocaba con el calor persistente en mi interior, mi coño goteaba de nuevo ante la vulgar promesa.

¿Casarme con él? ¿Someterme a este... advenedizo con su harén de mujeres sonrojadas?

Aún así, el éxtasis aún resonaba en mi cuerpo, la liberación a chorros era un recuerdo que hacía que mis muslos se tensaran.



Entrecerré los ojos, dividido entre el desdén y una curiosidad indeseada.

—Presumes mucho, mortal. Pero... explica este «vínculo». Y recuerda que si elijo que sí, será en mis términos, no como un premio conquistado.

Él rió entre dientes, soltando a sus esposas suavemente, sus caras aún sonrojadas, una inclinando su cabeza aún más como una doncella recatada, la otra cruzando sus brazos más fuerte como un guerrero comedido, mientras se acercaba, con los ojos fijos en los míos.

"Entonces hablemos de los términos, futura esposa."

